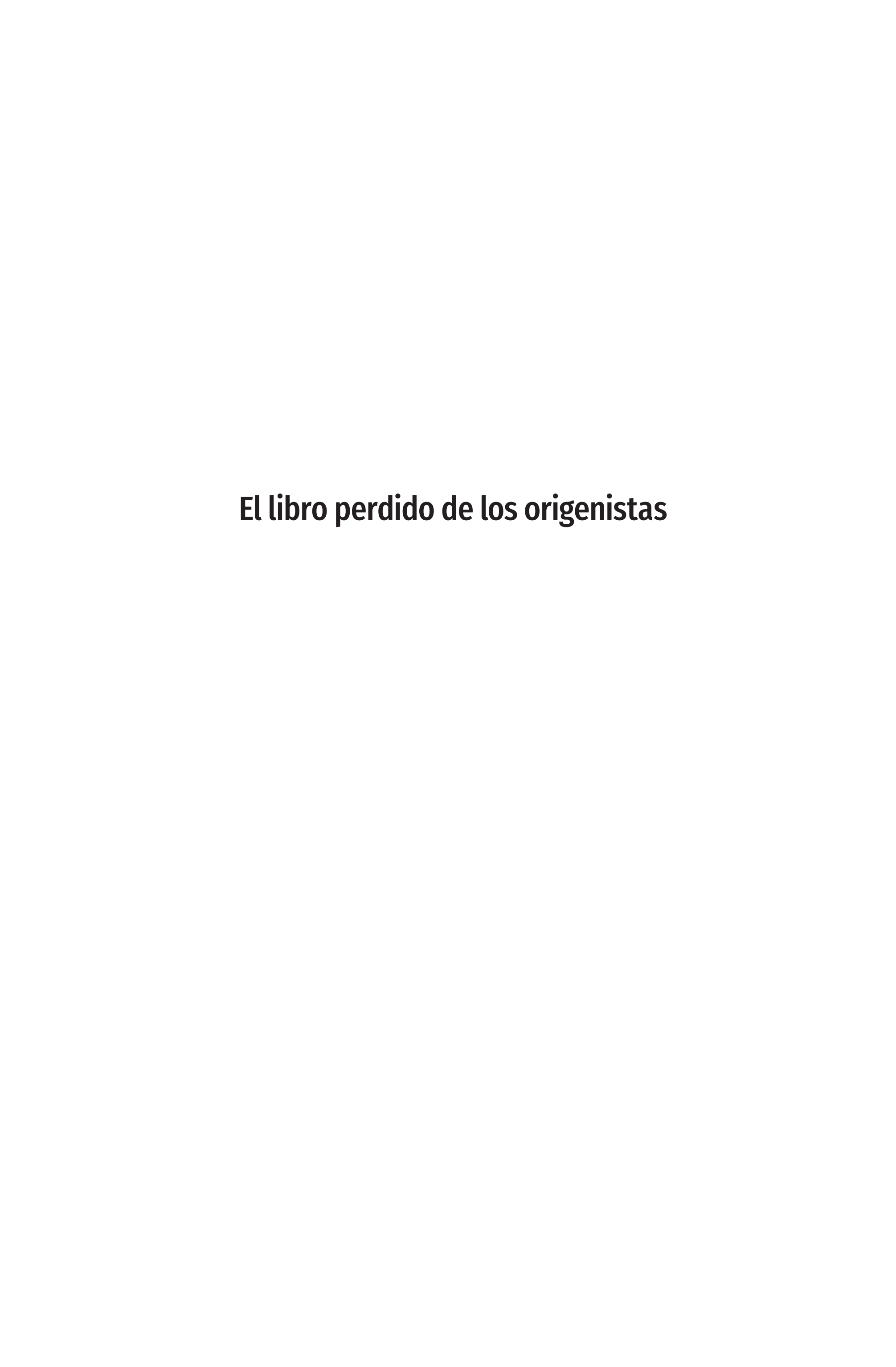


El libro perdido de los origenistas



COLECCIÓN BELVEDERE

El libro perdido de los origenistas

ANTONIO JOSÉ PONTE

RIALTA EDICIONES

Publicado originalmente por Aldus, México D. F., 2002

D. R. © Antonio José Ponte, 2018

Primera edición: marzo de 2018

En cubierta: fotografía de José Lezama Lima con Lorenzo García Vega
en el parque de la Avenida del Puerto, La Habana, 1947

Publicado bajo el sello RIALTA EDICIONES
Santiago de Querétaro
www.rialta-ed.com

ISBN: 978-607-97438-9-5

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Carlos Aníbal Alonso Castilla (RIALTA EDICIONES)
Blvd. Hacienda La Gloria #1700, Hacienda La Gloria, 76177,
Santiago de Querétaro, México

Prólogo

Hace veinte años, José Lezama Lima y Virgilio Piñera eran nombres casi desconocidos dentro de Cuba, sus obras eran poco leídas y ejemplares de sus libros se obtenían solamente gracias a alguna amistad en librerías de viejo. Los dos habían muerto recientemente. Fina García Marruz y Eliseo Diego eran bien apreciados como poetas, quizás hasta apreciados en demasía. Cintio Vitier era autoridad en estudios martianos, Octavio Smith apenas existía a fuerza de discreción (o grisura) y José Rodríguez Feo, después de haber codirigido y pagado las revistas *Orígenes* y *Ciclón*, tenía un puesto de bibliotecario en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

De los origenistas idos al exilio se sabía muy poco. Visitar en su casa a Gastón Baquero iba a convertirse, unos años más tarde, en gesto obligado para quien pasara por Madrid. Lorenzo García Vega padecía destino más errático y, a juzgar por diarios suyos publicados, se desplazaba de Madrid a Nueva York, de Nueva York a Caracas y de Caracas a Miami. Localizarlo resultaba empresa muy difícil ya que el resto de los origenistas le tenía jurada enemistad eterna a causa de un libro que nadie en La Habana parecía tener y no asomaba el lomo en ninguna

librería de viejo: *Los años de Orígenes*. Y, por último, para nuestra curiosidad de lectores, contaba poco qué hubiera sido de Justo Rodríguez Santos o de Ángel Gaztelu.

Tropezar con la obra del grupo Orígenes no era hecho tan inevitable como resulta ahora. Los dos mayores escritores de ese grupo padecían censura, se encontraban censurados también otros no origenistas, y la administración cultural imponía sus figuras literarias. Reinaba lo segundón y lo falseado, la literatura debía obediencia total a la política. (Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, indudables escritores de primera fila, ambos militantes comunistas, gozaban de un favor que hoy pagan con el desinterés de muchísimos lectores.)

Dar con Orígenes por entonces era recobrar la verdadera literatura, ejercer como lector la libertad, escupir sobre los edictos que pretendían reglar las artes. Luego esos edictos traerían la noticia sorprendente de que la obra de los perseguidos, la obra de Lezama Lima y de Piñera, y la de todo el grupo Orígenes pertenecía a lo mejor de nuestro patrimonio. Y recuerdo haber asistido, en la casa donde el escritor viviera hasta sus últimos años, a la inauguración del Museo Lezama Lima. Para develar la tarja y pasearse por las estrechas habitaciones se habían reunido allí sus antiguos esbirros y censores. Ya no tenían reparo en considerar la grandeza lezamiana.

Cintio Vitier, escritor origenista, se había encargado (entre otros) de allanar el camino para el perdón gubernamental. Había compuesto una historia origenista que pasaba a pie danzante sobre los años de castigo y que llegaba a relacionar la obra de los escritores de Orígenes con la revolución de 1959. Causalidades fantásticas colocaban vida y obra de José Lezama Lima a disposición de los inquisidores. Del consejo de redacción de

una revista se hacía célula de conspiradores revolucionarios. Una vez más se conseguía el rebajamiento del hombre de letras frente al hombre de acción, frente al líder político.

Quienes fueran castigados por mandato revolucionario habían sido, según Vitier, revolucionarios. O no alcanzaban a serlo y esa imposibilidad los derretía y desvelaba. El síndrome de Estocolmo se introducía de esta manera en el grupo Orígenes.

Fue por entonces cuando la obra de esos escritores se convirtió en preocupación para mí. No lo fue mientras recibía el escarnio por edicto. La guerra era explicable, la enemistad entre un régimen político como el que gobierna Cuba y escritores como Lezama Lima o Piñera no ofrecía sobresalto para la mente. Pero cuando el perdón oficial (y a veces hasta el mimo) llegó a la obra de ambos, el destino de Orígenes no pudo menos que preocupar a sus, hasta entonces, lectores clandestinos. Lo que estaba en juego era la tergiversación de las enseñanzas de los maestros.

Cómo lograr obra que no alcance a ser utilizada por las esferas gubernamentales, qué soberbia oponer a la soberbia de los políticos, o cuán cómplice de tiranía resulta cualquier nacionalismo literario: estas y muchas otras interrogantes dependían de lo que se decidiera acerca de Orígenes.

Y, ya que gran parte del problema resultaba disyuntiva entre hombre de letras y hombre de acción política, nuestro pensar Orígenes remitía a un momento mayor de esa disyuntiva, a los años en que coincidieron, uno en la isla y otro en el exilio, Julián del Casal y José Martí.

No es casual que aparezcan en este libro ensayos dedicados a ambas figuras. Lezama Lima ha empezado a padecer lo que en Martí es proceso avanzadísimo, y lo ocurrido con la obra

martiana puede servirnos de pronóstico a la hora de imaginar el destino futuro de la obra de José Lezama Lima.

Casal, a diferencia, resulta poco útil para los ideólogos y ahí está su principal valor. Cuando en 1993 vino a celebrarse el centenario de su muerte, las autoridades culturales cubanas se desentendían del calendario. Los tiempos no estaban para conmemoraciones o ellos concentraban fuerzas para el centenario de Martí que iba a llegarles en un par de años. Las revoluciones institucionalizadas son especialmente rememorativas: rumian el único momento revolucionario, el del triunfo sobre el antiguo régimen. Revolucionan, giran alrededor de ese recuerdo.

En 1963 se había festejado ampliamente el centenario del nacimiento de Casal, José Lezama Lima se había encargado de las ediciones conmemorativas. Pero treinta años después, atravesando el peor de sus momentos económicos, el gobierno cubano no iba a sacar nada de Casal, este no iba a servirle de mucho. Así que decidieron pasar por alto la celebración. Y tuvo que ser un escritor sin puesto alguno en la burocracia cultural, Francisco Morán Lull, quien restaurara la memoria y avivara la fiesta. Julián del Casal resultaría alternativa –para un grupo de jóvenes escritores– al José Martí sacudido por el discurso oficial.

Supongo que en el futuro, leída en presión de menos atmósferas, la obra martiana podrá depararme agradables sorpresas. Para entonces tal vez pueda vencer la incomodidad que siento al leerlo. O quizás sea ingenuidad esperar tiempo así. En todo caso, publico las páginas que siguen para ayudar a que la obra y vida de José Lezama Lima no resulte tan mal administrada como la de José Martí. Para que no echen a perder a futuros

lectores las páginas de *Orígenes*. Porque la verdadera pérdida del libro no está en su desaparición, en su censura. Llega, no cuando los inquisidores ordenan la fogata, sino en el momento en que frases entresacadas de esos libros negados pasan a formar parte del sermón de los inquisidores y fortalecen la digestión de la ortodoxia.

Escribí estos ensayos a lo largo de más de diez años. Los he ordenado cronológicamente creyendo que así me repetiré menos de uno a otro –machacar los mismos pensamientos es la primera dificultad a evitar en analectas–. Acudo varias veces al hábito de historiar un objeto, me valgo de parafernalia museística. El lector podrá encontrar en «Casal contemporáneo» explicación a esa manía de perseguir emblemas –libro que se pierde, abrigo, jaba– para llegar a esos otros emblemas que son los escritores.

Como buen celador de museo me interesan menos las obras que su disposición. Así que ejerzo menos la crítica literaria que la biografía. Evito así, ante la obra literaria, el comentario deportivo de televisión que narra la jugada como si los televidentes estuvieran escuchando radio. Me intereso menos por la intransferible obra de cada escritor que por sus figuras. Biografía es estudio de espacio, y las páginas que siguen se ocupan de eso que ha dado en llamarse la «posición del escritor»: proponen, aunque desdibujada, una ética.

Este podría considerarse un libro político. Una ordenación cronológica de sus piezas alcanzará a mostrar cómo el autor fue desembarazándose del temor a escribir ciertas cosas, perdió cautelas y precauciones, se hizo más libre. Porque resulta provechoso que quien se ocupe de la censura historie también la autocensura, variante hipocondriaca de aquella.

En la única conversación que sostuve con Eliseo Diego, este me indicó que las llamadas a pie de página resultan tan molestas como las llamadas telefónicas en la noche de bodas. He preferido, para evitar interrupciones, dejar al lector lo más a solas posible con los ensayos: trasladé a una sección final unas pocas notas.

Me complace agradecer a Mónica Bernabé, en la ciudad argentina de Rosario, la posibilidad de citar las respuestas de Virgilio Piñera a una encuesta de la revista *Sur*. Agradezco a Daniel Balderston, en la Universidad de Iowa, su ayuda borgesiana. Debo a Orlando González Esteva, en Miami, la noticia del recibo sin pagar que he utilizado en el *post scriptum* de «El abrigo de aire». Y a Carlos J. Alonso nuestros diálogos durante mi estancia en la Universidad de Pensilvania.

Vilis, volumen reciente de Lorenzo García Vega, brinda noticias de ese libro perdido de los origenistas que me empeño en historiar aquí. En un café destartalado se encuentran el narrador y el Constructor de Cajitas, y el primero cuenta: «En Cuba hay un joven, llamado Ponte, quien habla sobre el libro perdido de los origenistas.» El café abre sus puertas en Vilis, Vilis es el cuerpo astral de Playa Albina y Playa Albina el nombre con el que, desde hace varios libros, Lorenzo García Vega llama a Miami, ciudad de su destierro.

Después de ofrecer la noticia de que existe en Cuba un joven que habla del libro perdido (juventud y geografía parecen alejar la posibilidad de que alguien vaya a ocuparse de un asunto así), quien narra *Vilis* confiesa que no hay tal pérdida porque Lezama Lima le entregó ese libro a él para que lo sacara al exilio. «En realidad, yo soy el único heredero de Orígenes», afirma. Y Constructor de Cajitas y narrador echan tales carcajadas que tienen que aguantarse sus barrigas.

Mi apreciación de Orígenes está en deuda con *Los años de Orígenes*, de Lorenzo García Vega. Me enorgullece haber dado en una revista habanera, por primera vez desde su marcha al exilio, noticias suyas y de su trabajo. Aquí le va más de mi agradecimiento.

Y doy gracias, muy especialmente, a Gabriel Bernal Granados por haberme convidado a juntar estas páginas. Él me las salva de la dispersión y del polvo de las hemerotecas.

En un poema que narra una partida de ajedrez (y la relación) entre Rimbaud y Verlaine, Conrad Aiken escribió estos versos: «And all reported by a later lackey,/ Whose virtue is his tardiness in time». Las páginas siguientes se ocupan de Martí y de Casal, de Piñera y de Lezama Lima, de Vitier y de Diego. Y, menos hermosamente dicho que en Aiken, todo ha sido relatado por un lacayo ulterior, cuya virtud es su tardanza en el tiempo.

A. J. P.

La Habana, noviembre de 2001

El libro perdido de los origenistas

Para Alessandra Molina

I

En una página de *Paradiso*, la novela de José Lezama Lima, José Eugenio Cemí estudia la triangulación de Matanzas en su tesis de grado como ingeniero. Más adelante será coronel y padre del protagonista de la novela, ahora podemos encontrarlo en su trabajo a medias entre la agrimensura y la topografía. José Eugenio Cemí pertenece a la primera graduación militar de la naciente República de Cuba, es el número uno de esa graduación: un caballero en el caballeresco ejército republicano de principios de siglo.

Incluso hoy, pasado tanto tiempo, mirando trabajar a una comisión de topógrafos, puede encontrarse en ellos un poco del aire caballeresco con que Cemí padre ejecuta unas disciplinas: entran a un bosque encantado que fanáticamente volverán exacto, cuentan pasos con la severidad de los duelistas, pasos de estrictamente un metro. Reproducen a escala ampliada brincos de saltamontes, los saltos de un compás de puntas secas sobre un plano de la ciudad de Matanzas.

También a nuestros ojos la cartografía de inicios de siglo resulta caballeresca. Más que un plano, lo que maneja José

Eugenio Cemí es un grabado, uno de esos grabados coloniales de ciudad donde, sobre una cumbre que avista el trazado completo de unas calles, merienda una familia poderosa. Las líneas del grabado han sido pacientemente iluminadas con azules de acuarela, terrosos, verdes, y los colores dan al plano la hermosura de lo superfluo.

Matanzas es, en la novela lezamiana, sitio fuerte de tradición, junto a un Pinar del Río veguero y una provincia de Las Villas laplantiana, llena de ingenios azucareros. Isla de Pinos tiene la provisionalidad de los lugares nuevos, Camagüey y Oriente sólo aparecen en un par de dichos casuales. Cuba es, en *Paradiso*, Vueltabajo, la zona occidental. Los extremos de esa isla de novela, las provincias Pinar del Río y Las Villas, son extremos del arco contrapuntístico entre el tabaco y el azúcar, entrecruzamientos familiares de donde viene José Eugenio Cemí. Debajo de ese arco, Lezama ha convertido Matanzas en el emporio de la repostería cubana, en ciudad de refinamientos. La ha hecho, en uno de sus prólogos, tierra de artesanos plateros. Con su *Triangulación de Matanzas* como trabajo de graduación, José Eugenio Cemí refina materias sumamente refinadas ya.

Rindiendo también examen escolar, otro de los personajes de *Paradiso*, Oppiano Licario, se enfrenta a un tribunal de materias históricas. Le exigen el nombre del perro de Robespierre, las estaturas físicas de Napoleón y de Luis XIV, las circunstancias de muerte de Enriqueta de Inglaterra. Lo obligan a una curiosidad de cortesano, de envenenador casi. A invitación del jurado, una muchacha cercana desliza para Licario esta pregunta bobalicona que alguna vez nos hemos hecho: dónde comprar el mejor chocolate del mundo. Licario, que se

ha espadeado bien con los enredos anteriores, utiliza para contestarle igual sagacidad que la de aquella tía de Charles Swann en Proust, que compraba determinadas frutas en determinadas tiendas, las mejores, hasta completar una cesta dedicada a la princesa de Parma. (Una mañana, Ernst Robert Curtius encontró a Charles Du Bos en un tranvía. Era París durante la Primera Guerra Mundial y atravesar la ciudad era exponerse. Bastante alejado de su casa, Du Bos había ido a tomar un vaso de leche en su establecimiento favorito y sus razones eran irrefutables: a pesar de todos los peligros, un vaso de leche sólo podía tomarse en aquel sitio.) Oppiano Licario, agotador de todos los registros de curiosidad histórica, maneja también de modo maestro esas majaderías del saber vivir: en la calle Rivoli, número 17, primer piso, venden el mejor chocolate del mundo.

Después de esta noticia superflua, para aguzar la tortura del minuto en el examen estudiantil de Oppiano Licario, una priora dominica arrastra a este a las cominerías del escolasticismo, pregunta por la extensión de los labios del demonio. Sospechando la demasiada capacidad del estudiante en prueba el tribunal ha apartado los temas del programa normal y abunda en excepciones. Esa priora ha aparecido para hacer del examen una prueba virreinal.

Y otra vez Licario acierta. El método que ha permitido su soltura frente a toda pregunta es el que él llama «silogística poética». Fuera de *Paradiso*, en otras páginas de Lezama Lima, a este método se le llama siempre *Súmula, nunca infusa, de excepciones morfológicas*. Y es, como se ha visto, una guía para sortear todas las rabietas de quien pregunte.

Oppiano Licario y José Eugenio Cemí, padrino de sabiduría de Cemí uno y padre de la carne el otro, uno estudioso de la

miscelánea más recóndita y el otro ingeniero coronel, autor de la *Súmula* uno y el otro de la *Triangulación*, van a encontrarse en la muerte del segundo. No se conocen, nadie los presenta, pero conversan en español en una sala de hospital norteamericano, son dos cubanos. José Eugenio Cemí, sabiendo su muerte cercana, encomienda al recién conocido la educación de su hijo varón. Es un gesto sublime, una muerte de gran estilo.

Si recorremos el índice de nombres y títulos que trae la edición crítica de la novela *Paradiso*, encontraremos que sólo una vez es citada la *Súmula de excepciones*, una vez también la *Triangulación de Matanzas*. La *Súmula* correrá más destino en otros libros de José Lezama Lima, la *Triangulación* queda apenas ahí en esa sola mención. Aquí he tratado de emparejarlas. Lezama habrá gozado al forjar esos títulos tanto como al nombrar su sistema poético.

«Aprendizaje de la flauta breve sin estropearse los labios», «Silogística poética», «Preludio a las eras imaginarias», «Triangulación de Matanzas», «Introducción a los vasos órficos», «Introducción a un sistema poético», «Curso Délfico», «Súmula, nunca infusa, de excepciones morfológicas»: mezclo títulos suyos con títulos preparados para sus personajes. Creo que esos títulos que ejercitan sus personajes dentro de la novela adiestraron a su autor, José Lezama Lima, para llegar a nombrar su propio sistema. Escribiendo personajes creadores de métodos, practicantes –y aquí hemos visto a dos: Licario y Cemí padre–, gana cautelosamente valor para crear su método propio, para publicarlo.

Acertar en un ejercicio artillero de costa, responder a cada ataque de un jurado, abrazar las edades históricas: Cemí padre, Licario, Lezama Lima autor lo logran. En el universo de

la novela los dos primeros son figuras paternales, tradición. El tercero, José Lezama Lima, halla su equivalente, la misma altura en edad que José Cemí hijo.

Al morir Oppiano Licario, este deja también un gesto que atañe a su ahijado Cemí. Encerrado en un cofre, es la única copia de la *Súmula, nunca infusa, de excepciones morfológicas*. Estamos ya en páginas de la novela inconclusa *Oppiano Licario*. Al recibir el cofre, José Cemí comprende lo inusual de la herencia, lo precioso que tiene en sus manos. La excepción que es el libro, manual que compila excepciones, desata sucesivas situaciones raras, episodios excéntricos que aparecerán unas páginas después. El traspaso del cofre habrá dejado escapar un poco de su aire.

Un ciclón atraviesa La Habana. Más que desastre, luce al principio señas de carnaval. El escenario, igual que en el cuento «Fugados» de Lezama Lima, es el Malecón habanero. En sus pocetas los cuerpos jóvenes se muestran desnudos, hacen maldades. La ciudad entera, olvidada de clavetear sus puertas y ventanas, de continuar previsiones, parece solazarse en la desnudez de esos muchachos. Ese día es llamado «día de excepción» y se le dispara contra el tedio continuado de otros días.

Pronto se yuxtaponen lluvia, ciclón y ras de mar. Cemí, que atraviesa el sitio, asegura la *Súmula* en un bolsillo. *Súmula* en el ciclón: las embestidas del viento buscan al libro para desguazarlo. Libro y ciclón son parejamente sacralizados. El ojo del ciclón es comparado al despliegue de formas de un altar barroco, el manuscrito al *Libro de la vida*. Al llegar a su casa Cemí, guardián de un tesoro, recibe otro, causalidad banalizada: el perro de unas vecinas que abandonan la ciudad y se lo dejan a cuidar.

En casa espera a Cemí un mensaje de Ynaca Eco Licario, quien antes le ha entregado el tesoro de su hermano muerto, Oppiano Licario. Ynaca Eco procura a Cemí instrucciones para que la visite. Al salir a cumplir tales instrucciones, este deja a solas en casa dos excepciones: perro y libro, dos monstruos enfrentados. Cemí entra en la casa mágica de Ynaca (el edificio es relacionado con las ruinas del cafetal Angerona y la sangre de Cemí recogerá en un haz las tradiciones del café, el azúcar y el tabaco), obedece a sus instrucciones iniciáticas y ritos. Ella convierte en únicas las circunstancias del amor, marca una excepción más. Al regresar a casa, sembrada ya su simiente en Ynaca, el guarda de dos excepciones alcanza a ver cómo una de ellas ha terminado casi con la otra.

El abrazo de dos amantes queda así paralelizado a los forcejeos entre perro y libro, y la desaparición de un libro a la concepción de un hijo en que van a unirse las dos sangres, la del coronel Cemí y la del estudioso Licario. Nervioso ante el ras de mar, el perro de las vecinas sólo ha dejado íntegras las páginas que forman un poema. No ha dejado tiempo a José Cemí para leer el contenido del volumen.

Sabemos con Cemí que era de aproximadamente doscientas páginas. Que el poema salvado, de ocho o nueve páginas, ocupaba su centro. Que la letra que lo copiara era de trazos muy uniformes, que al parecer estaban muy sincronizados la ideación y los signos, el pensamiento y la escritura. Y que solamente alcanzaba a notarse cierta zozobra al finalizar algunas palabras porque el resto de la caligrafía era obediencia.

En una carta que Cemí escribe después de perder el libro, carta a Fronesis, deberíamos leer el poema, resto último de la *Súmula*. En la primera edición de *Oppiano Licario* una nota a

pie de página nos informa que el poema salvado faltaba en el manuscrito original de la novela, que los editores encontraron allí un espacio en blanco. Perdido el libro, sólo queda de él un poema y, para subrayar más aún la pérdida del libro, un espacio vacío espera por la presencia del poema.

Espacio en blanco, pizarrón sin escritura, plaza de madrugada: para encontrar un espacio tan imantado como ese tenemos que detenernos en un episodio de *Paradiso*. Sobre las baldosas de un patio, enmarcadas por jugadores emparentados, unas piezas de juguete dibujan el rostro, la figura del coronel José Eugenio Cemí, muerto ya. Las baldosas del patio, lo mismo que el espacio dejado para un poema que no recibimos, son recorridas por un oleaje lento y socavador (como ciertos oleajes de la memoria), son materia volviéndose acuosa, cuajando en un espejo.

Cintio Vitier ha publicado un guion de Lezama Lima para ese poema que nos falta. Ya definitivamente en el campo de las posibilidades el guion que Vitier exhuma de la papelería lezamiana inédita viene a sostener que, al menos en una ocasión, su autor no quiso jugarnos la diablura del blanco en su novela. Lo que tiende su mano en nuestro dominó conjetural no es el doble blanco.

Sin embargo, supuestos aparte, nos enfrentamos al vacío de un poema. Alguna vez Lezama Lima, procurador o no de tal vacío, estuvo detenido ante una ausencia semejante. Al final de unos paralelos entre pintura y poesía cubana halló que en el último diario de José Martí faltaba una página arrancada. Absorto ante tal pérdida vio colmarse su asombro, poblarse el hueco: donde estuvo la página Lezama colocó una pintura de Juana Borrero. Pero antes, en el mismo ensayo, lo abruman otras faltas, escribe que hemos perdido casi todo, que todo

lo perdemos, no sabemos qué pueda ser lo esencial cubano, y que en nuestra expresión se pierde tanto lo más inmediato como lo lejano de los primeros años. La pérdida del libro es, pues, uno de nuestros episodios nacionales.

Cintio Vitier, en una página de *Lo cubano en la poesía*, ha preguntado dónde están, aunque estén derruidos, los muros de nuestra fundación. El libro perdido, la *Súmula* y su destino, quiere significar esa fatalidad.

II

Existe un episodio semejante de libro perdido en «Historia de un inmortal», narración de Eliseo Diego. Allí también se pierde un libro tesoro, un extenso poema como el que nunca escribiría Eliseo Diego quien se ocupaba en la defensa del poema breve.

Hay en «Historia de un inmortal» dos hombres sentados en el muro del Malecón habanero (otra vez el Malecón). Uno de esos hombres, viejo vestido de dril blanco, cuenta una antigua historia. El otro personaje, el que lo escucha, es un joven cuyos rasgos denotan parentesco con el viejo. La glorieta frente al Malecón, el dril blanco: estamos en años republicanos. Pero la historia que escucha el joven y leemos nosotros sucedió al viejo en el siglo XIX. Un amigo lo había citado entonces en el café La Dominica porque partía a la manigua, iba a enrolarse en la lucha independentista y quería dejarle un manuscrito. (Si el mejor chocolate del mundo podía comprarse, según Oppiano Licario, en la calle Rivoli de París, el café La Dominica, en Mercaderes y O'Reilly, tuvo fama de vender los mejores refrescos y helados de La Habana del siglo XIX.)

El manuscrito es un poema copiado o compuesto en una ensoñación. Escrito en medio de una visión feliz en la que es-

cuchara varias voces, su autor, uno de los jóvenes citados en La Dominica, había seguido el dictado de esas voces. Eran voces de atlantes, lo que pronunciaban –cada voz un poema– era el mundo perdido de la Atlántida. Igual que tenemos en unos versos de Coleridge el palacio perdido de Kubla Khan, el manuscrito que un joven deja a otro nos brindaría la isla perdida de la Atlántida, el continente perdido. Historia de la Atlántida que es historia de Utopía que es historia de Cuba.

Al despedir al amigo que parte, el nuevo dueño del manuscrito, que no es otro que el viejo que ya vimos vestido de dril, se dirige a los baños del Malecón. Es invierno y encarando el temor casi sagrado que sentimos los cubanos por los baños de mar invernales, él está dispuesto a darse un baño para lucirse ante dos jóvenes norteamericanas que se bañan más allá. Busca asombrarlas con su proeza de nadar en mar abierto retando la marejada del norte. Cemí arropaba su libro al cruzar el Malecón aciclonado, este esconde el suyo dentro de una chistera. Ve llegar a las dos muchachas extranjeras, se desnuda y deja sobre una piedra la chistera.

Allí la alcanzan una y otra ola impulsadas por el norte. El agua del mar borra las hojas y las desmenuza. La *Súmula* fue desgarrada por los dientes de un perro, este otro libro es desgarrado por los dientes de perro de la costa. Ambos terminan borrados por el agua. Contra los dos maldicen elementos naturales, «la maldita circunstancia del agua por todas partes». El temporal se alía a un simple descuido de sus guardianes: uno corre a una cita de amor, otro intenta escaramuzas frente a dos mujeres deseadas.

Al terminar de relatar su historia el viejo del dril blanco empieza a ser precisado por quien lo escucha. Es entonces que

se nos hace sentir que el libro destrozado puede hundirse más en la desmemoria: resulta que el viejo ni siquiera conocía el nombre del amigo que le diera el libro, se habían visto sólo un par de veces. Y este, quienquiera que haya sido, tampoco supo los nombres de las voces que le hablaron en una ensoñación. Citaban poemas, se nos sugiere, de alguien cuyo nombre no dijeron. De esas sucesividades del anonimato, cantidad que procura expresar la calidad de lo inmemorial del libro, queda su título: *Libro de las profecías*. Y ha quedado descrito el aire de sus versos como muy semejante al aire de unos versos del poeta cubano del siglo XIX Juan Clemente Zenea.

Lo mismo que la *Súmula*, compilación, método, sistema, guía, manual y oráculo, el *Libro de las profecías* es además la epopeya de un país, el magnífico poema de la isla.

En los años setenta José Lezama Lima escribe en su novela *Oppiano Licario* la pérdida de un libro sapiencial. Unos años antes ha meditado en sus ensayos acerca del vacío, ha señalado en la era imaginaria china el vacío suscitante y en las constantes de la cultura cubana esos jirones, desgarrones, huecos por historiar. El vacío que busca denotar un libro que se pierde es vacío de nuestra expresión, de nuestra historia. Pero es también vacío ontológico, despoblado en el ser: tendríamos que leer los últimos poemas lezamianos donde aparecen las figuras del Tokonoma y del Esperado. El Tokonoma que es un punto, un rincón, una pizca de nada para simbolizar vacío en el recinto de la casa. El Esperado que gana desde el deseo su paradigma de figura del tarot, bicho de charada china, emblema alquímico, alegoría renacentista. Libro perdido, el Esperado, el Tokonoma, son figuraciones para el vacío.

En 1975, dos años antes de la publicación de *Oppiano Licario*, Eliseo Diego cuenta también la pérdida de un libro en el que se aúnan sapiencia y esencias de nación. Más que marcar la precedencia de uno u otro escritor, más que meterme en escarceos cronológicos, he querido subrayar su paralelo estricto. Dos libros y sus suertes parecidas aluden al vacío. Al extraviarse ambos (y esto es más evidente en el ejemplo de Eliseo Diego) nos quedamos sin memoria de la isla, sin sus sentidos más secretos. No sabemos –vuelvo a citar palabras de José Lezama Lima– qué pueda ser «lo esencial cubano».

III

Ese mismo año en que Eliseo Diego publica su *Noticias de la quimera*, conjunto de narraciones donde leímos perderse el *Libro de las profecías*, Cintio Vitier publica un texto para una posible historia de la eticidad cubana. Tal como un libro suyo anterior (*Lo cubano en la poesía*), este busca ser historia de esencias en la poesía de la isla. *Ese sol del mundo moral* intenta historiar la ética cubana. A sus páginas vamos a preguntar qué pueda ser el vacío histórico cubano.

José Lezama Lima se dolía en unas líneas suyas de nuestro desconocimiento esencial. Desde muy temprano entre él y Vitier pensaron en dotar a la isla de una teleología propia, de fines que conjuraran pérdidas, descuidos, epidemias de desmemoria. Cintio Vitier ha cumplido este empeño y nosotros, gracias a ello, somos lectores de *Lo cubano en la poesía* y de *Ese sol del mundo moral*. Vamos a hojear este último.

El libro se divide en dos partes, es un díptico. La primera parte nos lleva desde los orígenes hasta la muerte de José Martí. La segunda parte desde la República hasta la Revolución, cuenta

los años que sobreviven a la muerte martiana. En la primera mitad del libro podemos leer el camino hacia la encarnación de una persona, un héroe, unas páginas que son José Martí. En la segunda hoja del díptico leemos cómo, destazado el cuerpo de Martí, olvidado en mucho, manchado a causa de su buena prensa, desperdigadas sus cartas y sus escritos, viene a reunirse todo esto, nuevo Osiris, y la reunión se llama Revolución.

La Colonia, según Cintio Vitier, existe porque devendrá Martí. La República, según Cintio Vitier, existe porque devendrá Revolución, Martí mediante. La división del libro en dos hojas permite que veamos la primera de sus partes como biografía –años hacia la vida de Martí y vida suya– y la segunda de sus hojas como misterio, trascendencia martiana. En la figura de José Martí encarnan todos los fines de la isla si seguimos a Vitier.

He escrito *figura* y voy a permitirme una precisión: Martí, como antes el Tokonoma, el libro que se pierde y el Esperado, es figura. Martí figura todo el sentido que nos falta. Es lo contrario a vacío histórico, podríamos decir que es lleno, que es colmo, que es culminación. «Pues poder justificar que su nacimiento tenía que ser entre nosotros» escribió de él José Lezama Lima, podría justificar de una vez la avivadora posibilidad de una historia y la solución de la forma de nuestros estilos posibles».

Se han echado siempre de menos las páginas que Lezama Lima debió dedicarle. Dispersas en muchas otras páginas suyas recogemos referencias, avisos y señas de lo que hubieran podido ser esas páginas inescritas. Curiosamente, quien entró a la biblioteca de la casita de Lezama Lima en Trocadero para inventariar sus libros, halló que existían muchas ediciones de las *Obras completas* martianas y nos llama la atención sobre

el hecho inesperado de que estuvieran tan poco marcadas por el uso. Cuando, atravesando estudios de Lezama sobre otros autores o temas generales, encuentro sus menciones de Martí tengo la idea de que, más que girando contra algún texto martiano, la mención gira contra otra mención anterior que el propio Lezama ha hecho de Martí. Hay una especie de velado en esto como si a cada nueva cita que se hiciera de él se agregara una trama más de escritura que lo encubre.

Sin embargo, Eloísa Lezama Lima, hermana del escritor, recuerda cómo, a la edad de catorce o quince años, este repetía de memoria ante un gran espejo de la casa los discursos políticos, la prosa y los versos de José Martí. Y no sólo los repetía, sino que se permitía enmendarle algunas palabras a los versos o a la prosa: reescribía a Martí.

En dos ocasiones José Lezama Lima reescribe por escrito a Martí, si así puede decirse. Lo completa, para ser más exactos. Una de estas ocasiones la hemos visto ya cuando, faltando una página arrancada del último diario martiano, Lezama ha venido a agregarle un cuadro de Juana Borrero. Los paralelos entre pintura y poesía cubana terminan con ese entrecruzarse de palimpsesto. La otra ocasión aparece en «Introducción a un sistema poético», donde Lezama escribe que la *imago* ha participado en los cubanos a través del título de un libro de contenido escaso y a través de la lejanía, sentencia y muerte de José Martí.

El título que arropa a un cuerpo ralo, que queda grande de tamaño al cuerpo que nombra, es nuestro primer poema, *Espejo de paciencia*. Es un título, según Lezama, digno de la sabiduría china. Lezama va a ocuparse en trastocar esos cuerpos que cita: por un lado toma el título sin obra –*Espejo*

de paciencia– y por otro la obra sin título adecuado, la obra y vida de José Martí. Con ambos cuerpos, descabezando a uno y otro, dando a lo martiano el título de *Espejo de paciencia*, nuestra historia, nuestra expresión, ganan, al decir de Lezama, su libro talismán, libro tesoro creado a partir de un juego de decapitaciones y cabezas trocadas en que hemos visto oficiar a Lezama lo mismo que a un cabalista despertando a su homúnculo, como lo vimos antes con mafias de encuadernador bibliotecario restaurando una página perdida.

En la *Antología de la poesía cubana* compilada por él podemos avizorar ese libro mágico suyo. Igual que el *Libro de las profecías* en el ejemplo de Eliseo Diego, esta antología recoge las voces de la isla. No hay libro, por quimérico que sea, que no gane encarnación. La *Antología* se inicia en el *Espejo de paciencia* y termina en los poemas elegidos de Martí. Inicio y final que son los dos componentes del libro talismán. En sus páginas, como en la receta de fabricación del libro mágico, se han juntado estos dos nombres: Martí y *Espejo de paciencia*. El antologador razona que su compilación debía describir una ascensional creciente hasta los poemas martianos. Lezama cita el nombre de Martí con ímpetu finistérrico. Su muerte en batalla, que podríamos emparejar para Lezama con la muerte del coronel, su padre, parece acabar con la historia. En la mitología personal lezamiana, Martí es el dios Término. Con él terminan los ensayos acerca de una expresión americana, la *Antología de poesía cubana*, los paralelos entre pintura y poesía cubana.

Cuando se junta a Martí el *Espejo de paciencia*, cuando se convierten en uno el inicio y el fin de la historia cubana según Lezama la antologa, se ha hecho un círculo. Aro, ouroboros, serpiente mordiéndose la cola, sello querido por los gnósticos,

serpiente cabalística Nasched, eterno retorno, hábito, entropía. La historia se ha circularizado muchos años antes que la propia escritura lezamiana, escritura que plantea su exclusión, su no ser. Es el vacío.

Empecé preguntando a unas páginas de Cintio Vitier qué pudiera ser el vacío cubano y, al encontrar en dichas páginas la figura José Martí, me serví de ella como de un corredor para entrar a otras páginas de José Lezama Lima. Es en ellas donde hemos tropezado definitivamente con el vacío, con la cerrazón histórica. Cintio Vitier y José Lezama Lima principalizan el reciclaje de lo martiano. Para ellos la historia que sigue a la muerte ocurrida un día de 1895, más que asunto, es trasunto. Trasunto de otros días.

IV

Una página arrancada de un diario, dos libros que se pierden, el Tokonoma, el Esperado, los días que siguen a la muerte de José Martí, figuran el vacío. En una misma década, por los mismos años, tres escritores origenistas enarcan de nuevo un tema que les ha sido obsesivo. Siguen hablando de lo histórico cubano como de un cuerpo hurtado que regresa a pasar algunas temporadas entre nosotros. Poetas principalmente, devotos de la poesía, miran la historia desde allí, desde el poema. La historia tiene que ser entonces instantánea, una gracia, un parpadeo en medio de los días iguales, algo que permita desmentir nuestra naturaleza caída. Mientras escriben del vacío van terminando páginas que nosotros, históricamente venidos después de José Martí, después del grupo Orígenes, examinamos. Ya resulta difícil no sentir el lleno de esas páginas origenistas. Libros escritos sobre el vacío comienzan a ocupar el vacío de que hablan.

Índice

